

No me hice docente, me fui haciendo

Reyna Janette Barba Pérez*

Hay muchas razones por las que me hice maestra, aunque durante mucho tiempo no me las cuestioné. Mi relación con la docencia no comenzó como una decisión clara, sino como un proceso silencioso, casi imperceptible, que se fue gestando dentro de mí.

Antes que docente, fui cuerpo en movimiento. La danza era mi anhelado lenguaje, mi forma de habitar el mundo. A través de ella construía espacios: ambientes llenos de luz, de estructura, de fuerza, de emoción. Cada coreografía era un diálogo con el espectador, una manera de decir sin palabras lo que el alma necesitaba expresar.

Pero en medio de ese camino, algo comenzó a transformarse. Mientras enseñaba danza, sin darme cuenta de que ya enseñaba, empecé a descubrir que no solo compartía pasos, sino formas de sentir, de interpretar, de comprender el mundo. En cada clase aprendía tanto como quienes estaban frente a mí. Aprendía a mirar al otro, a escuchar más allá de lo imperceptible, a reconocer que cada alumno llega con su propia historia, su propio ritmo, su propia manera de entender.

Y eso... eso nadie te lo enseña. No viene en los libros, no está en los programas de estudio. Es un aprendizaje que se construye en la vida, en el encuentro, en la experiencia compartida. Es algo que se va revelando poco a poco, como si la docencia eligiera a uno antes de que uno la elija a ella.

Si miro hacia atrás, aparece una presencia docente que me llena el alma: mi mamá Luz, mi abuelita, maestra incansable. “Ven, no vayas al kínder, luego te caes; mejor acompáñame a dar clases”. Y yo iba.

Recuerdo volver a casa agotadas, después de dos turnos en dos primarias distintas. Para mí, el día terminaba ahí: cenar y dormir. Para ella, no. Todavía se sentaba al borde de la cama, a revisar materiales, a preparar el día siguiente, a calificar.

Yo la observaba y pensaba: qué difícil es ser maestra. Me preguntaba cómo le hacía para no rendirse, para levantarse tan temprano, siempre bien arreglada, siempre presente, sin faltar jamás. ¿Cómo era

posible que, después de tanto, aún le quedara fuerza para seguir, para ocuparse de los suyos, para llegar a casa y ser también abuela, mamá, suegra?

Eso siempre me impresionó profundamente; sin embargo, nunca lo vi para mí. Lo sentía como algo lejano, exigente, casi inalcanzable. Pero la docencia ya estaba ahí, abriéndose paso sin que yo lo notara: entre dibujos y tareas diminutas, comenzaba a comprender lo que significa estar para otros. Sin darme cuenta, empezaba a ser maestra.

Después, la danza me llevó por distintos caminos: niños, adolescentes, adultos. Rostros distintos, historias distintas, pero una constante: el deseo de aprender y de expresarse. Recuerdo que un día alguien dijo: “Enseñar es bailar dos veces.” Y entonces lo entendí. Enseñar es desmenuzar el movimiento, hacerlo comprensible para otro. Es tomar lo complejo y volverlo cercano. Es permitir que el conocimiento no sólo se entienda, sino que se sienta, que se encarne, que se vuelva parte de quien aprende.

Caminé la educación como quien recorre un largo pasillo lleno de puertas que se abren y se cierran con el paso del tiempo. Al inicio, la enseñanza tenía bordes definidos: contenidos claros, objetivos precisos y resultados medibles. Enseñar era cumplir, avanzar, demostrar. El aula se sentía como un espacio donde el conocimiento debía llegar a una meta, y la evaluación era la evidencia de que ese trayecto había sido recorrido.

Pero pronto el lenguaje comenzó a cambiar. Los objetivos se transformaron en aprendizajes y la evaluación dejó de ser sólo un resultado para convertirse en proceso. En ese tránsito aparecieron las evaluaciones estandarizadas y con ellas una palabra que resonaba en todos los rincones: calidad. La educación se volvió un terreno de comparación, de cifras, de intentos por medir lo humano. Y en medio de ello, el arte parecía quedarse al margen, como si su esencia no pudiera ser contenida en indicadores.

Después llegaron las competencias y con ellas una nueva forma de mirar al estudiante: ya no como receptor, sino como constructor. Fue ahí donde mi vocación encontró mayor sentido. El constructivismo no sólo transformó la manera de enseñar, sino la forma de entender el

aprendizaje como un acto vivo, situado, profundamente humano. La docencia dejó de ser transmisión y se volvió encuentro.

Más adelante, la profesionalización y las evaluaciones docentes marcaron otra etapa. Ser maestra también implicaba ser evaluada, demostrar, certificarse, sostener con evidencia lo que antes se intuía desde la vocación. Fue un momento de exigencia, pero también de afirmación. Y, sin embargo, mi lucha siempre habitó otro espacio: el del arte.

Durante años observé cómo el arte era relegado, cómo se pensaba que cualquiera podía enseñarlo, como si no requiriera profundidad, sensibilidad ni formación. Vi a docentes de distintas áreas asumir su enseñanza desde la idea de que era fácil, accesorio, prescindible. Pero para mí, el arte nunca fue eso. El arte es lenguaje, es identidad, es posibilidad de nombrar lo que no siempre puede decirse con palabras.

Siempre sostuve, y sostengo, que quien enseña arte debe hacerlo desde el amor profundo, desde la experiencia sensible, desde la mirada de quien ha sido tocado por él. Porque sólo así puede transmitirse su verdadero valor: no como actividad complementaria, sino como parte esencial del desarrollo integral del ser humano.

Hoy, desde mi lugar como formadora de docentes, esa convicción se ha vuelto aún más firme. Formar a quienes formarán implica una responsabilidad mayor: sembrar no sólo conocimientos, sino miradas, sensibilidades, compromisos. Que el arte llegue a las aulas de educación primaria no como privilegio, no como lujo, no como actividad ocasional, sino como derecho. Y entonces, la educación vuelve a transformarse.

Los discursos actuales hablan de aprendizaje situado, de humanismo, de comunidad. Se reconoce al estudiante como sujeto integral, atravesado por su contexto, su historia y sus emociones. Y en este nuevo horizonte, al menos en el discurso, parece que el arte encuentra un lugar más digno, más necesario. Porque el arte dialoga con lo humano, con lo comunitario, con lo diverso. Porque el arte incluye, vincula, repara.

Hoy miro hacia atrás y entiendo que no sólo atravesé reformas educativas: fui atravesada por ellas. Cada cambio dejó una huella en

mi manera de enseñar, de sentir y de creer en la educación. Y, en medio de todas esas transformaciones, hay algo que permanece intacto: la certeza de que educar, como el arte, es un acto profundamente humano. Un acto de creación. Un acto de esperanza.

Con el tiempo también descubrí algo más: la docencia no está separada de la investigación. Van de la mano.

Hoy imparto otras asignaturas y he comprendido que enseñar también es cuestionar, es buscar, es no conformarse con lo dado. Me emociona profundamente ver cómo mis alumnos se preguntan, cómo intentan mirar el mundo de otras maneras, cómo se atreven a ir más allá. Y, como maestra de futuros maestros, ese asombro cobra un sentido aún más profundo.

Me llena de alegría ver que son capaces de cuestionarse, de construir, de imaginar nuevas formas de enseñar. Entender que la investigación educativa no es algo ajeno, sino una parte inherente del ser docente; que investigar también es una forma de cuidar la práctica, de transformarla, de hacerla más humana, más consciente, más significativa.

Hoy entiendo que no me hice docente en un solo momento. Me fui haciendo. En cada clase, en cada cansancio heredado, en cada ejemplo silencioso, en cada alumno que me enseñó algo que yo no sabía que necesitaba aprender. Ser docente, para mí, es un acto de amor constante. Es creer en el otro incluso cuando el otro aún no cree en sí mismo. Es sembrar sin saber cuándo florecerá. Es acompañar procesos invisibles.

Y si hoy alguien me pregunta cómo me hice docente, diría que no fue una elección repentina, sino una historia que se fue escribiendo con el cuerpo, con la memoria, con la vida. Porque, al final, enseñar... también es una forma de danzar.

*Doctora en Ciencias de la Educación. Docente de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. reyna.barba@bycenj.edu.mx